

LA RESPUESTA DE «JESÚS» EN TABARANGUÉ

Debemos también a Toynbee el servicio de haber, elegantemente, superado los enturbiados términos históricos, por mucho tiempo proyectiles liberales, de «reacción», «contrarreforma» y «edad media», con el sencillo vocablo de «respuesta» («response»). Gracias a lo cual hoy podríamos sentar una ley que hasta ahora no hemos visto registrada. Y es que al desafío o provocación del Mundo Antiguo, greco-romano, la respuesta vital para ese mundo que se hundía fué, justamente, la Edad Media cristiana. (San Agustín salvando a Platón. «La Ciudad de Dios» al mito Saturno). Fué, para el Renacimiento, la respuesta de la Contrarreforma (Las Reducciones de Loyola, salvando la *Utopía* de Tomás Moro). Y es —hoy— para la América ilustrada y racionalista que declina, una América trascendente. Palingenética.

Cuando me senté aquel atardecer de marzo —lluvioso y tibio— sobre un portacirios de piedra, allí, en «Jesús» de Tabarangué, riberas del Paraná, podía haber repetido lo del Salmo CXXXVII: «Al borde de los ríos de Babilonia estábamos sentados y llorábamos acordándonos de ti, ¡oh Sión!»

Podía haber llorado. Pero si me asomaron lágrimas fueron de gozo. Primero, por haber logrado un sueño de toda mi vida: contemplar estas Misiones de América. Después, por sentir que las ruinas de esas Misiones seguían vivas y que de ellas se desgajaba —como en la selva de su putrefacción— un olor otra vez germinativo, de palingénesis.

Lo que no había entendido el argentino Leopoldo Lugones cuando descubriera estas rotas arquitecturas: «Sus murallas dentelladas, sus pilares trancos, las junturas desbordando aún de argamasa, los sillares a medio desbatar, de los cuales diríase que acaban de saltar los tosquiles, parecen indicar trabajadores próximos». «Al encaramarse por techos y paredes los árboles han precipitado el derrumbe de estos edificios. Nada resiste a su acción desorganizadora. Desencajan dovelas, apalancan los arquiteabes, y el viento, al encorvarlos, comunica su sacudida a la bóveda o crucero abrazado por sus raíces» (11).

También el escritor español Agustín de Foxá describió esta

(11) LEOPOLDO LUGONES: *El imperio jesuítico*. Buenos Aires, 1904.

visión en términos parecidos — aunque más hondos — viendo un film que proyectara el padre Laburu: «Cuando Carlos III suprimió en Indias la Compañía de Jesús, la selva se sintió liberada. Los enormes árboles crecen junto al sagrario. Una rama penetra, brutal, por el ojo hueco de una vidriera; y las charcas cenagosas, con burbujeo de batracios, espejean entre los muros sin techo. Ved esas raíces abrazando a un capitel. Son los dedos «naturalistas» de Juan Jacobo Rousseau estrangulando a San Ignacio» (12).

La iglesia de «Jesús» está a un kilómetro del actual pueblo de su nombre, en Tabarangué, y a 42 de Encarnación de Itapua (13).

Por la mañana había visitado la de «Trinidad» transiendo un murallón y entrando en una plaza espaciosa circuncuadrada de edificios rotos. Uno de los cuales, a la izquierda, era el templo de unos cincuenta y tantos metros y diez de altura. Por un boquete pasé a lo que fuera sacristía, y, con gran precaución por los avispones, penetré en la nave que tenía por bóveda la del cielo. Cantos de aves que llegaban de no sabía donde como si aún cantara el alma de ave de aquellos guaraníes que aquí ensalzaban a la Madre de Dios en su dulcísima lengua:

*¡Oh Virgen María!
Tupã-sy etê
abá pe ara porã
oicó nendive yabé.*

(¡Oh, Virgen María
verdadera Madre de Dios!
Para el indio es lindo el día
cuando va en tu Compañía.)

En esa nave había un sótano que la tradición dice comunica con esta iglesia de Jesús. Había también un Padre Eterno cuyo cuerpo era hueco y el brazo derecho con una vara que, cuentan, se movía para maravillar al indígena.

En la torre cuadrada, de fortaleza, destacada y solitaria como una ciclopea atalaya, las campanas antaño se oían muchas, muchas leguas. Hoy, en vez de campanas, voltean con el viento las ramas

(12) AGUSTÍN DE FOXÁ: *Por la otra orilla*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1955.

(13) *Ruinas jesuíticas*. Jesús. Paraguay-Asunción (s. a.); P. PASTELLS: *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*. Madrid, 1912.

de un árbol atroz, surgido en lo alto como una selvática bandera, como un bárbaro alarido tropical de triunfo.

La iglesia de Jesús es más grande que la de Trinidad. Se calcula que trabajaron en ella más de 3.000 indios, acarreando desde una próxima cantera orillas del Cambay, sillares labrados de 64 centímetros de largo por 20 de ancho y 16 de espesor.

El asombro de estas iglesias —Trinidad, Jesús— es que sus ángeles aún baten las alas o suenan suaves instrumentos; y muchas de sus imágenes siguen salvas, indemnes, intactas, milagrosas. En Jesús —una Virgen tallada en piedra— la luna enorme a sus pies y hollando la sierpe de estos bosques —cruza las manos sobre el pecho, alza los ojos más allá de este ebullicioso, húmedo, caliente y verde suelo del que nos hace olvidar, «volando en su compañía» hacia un sol que hace «dindo el día». Transformando así el día en trascendente.

Esta la respuesta de Tabarangué al diario reto de la selva: Hacer la *immanencia transcendencia*. La respuesta de una Virgen (María) a otra virgen (la selva). Ofreciendo una vida sin lluvias torrenciales, sin ardor, sin reptiles, sin angustias, sin hambres canibálicas, sin crueles trabajos, sin sueño ni fatiga, y, sobre todo, sin miedo, sin espanto de vivir en este fluir cósmico donde la carne se desmenuza en yerba y el hueso se transforma en piedra y la piedra en desmoronamiento y la arena en barro y el barro en sapo y el sapo en chapoteo nauseabundo y veneno.

La respuesta de Tabarangué aún vive en esas imágenes, como en las de Trinidad: un Cristo yacente, aquel Niño divino abriendo los brazos, una columna tallada con ángeles y acantos. Respuesta: a la Nada cósmica, a la Materia maciza, al imposible perdurar de las cosas y los árboles y las nubes y un naufragio verde y sin orillas. La respuesta que venía buscando el hombre de América desde que en 1767 se encontró sin saber donde agarrarse con el alma tras una esencia indestructible. Quiso entonces descubrir en este paisaje —vaciado de piedad— una clasicidad virgiliana. Y compuso Odas como aquella de Andrés Bello a la Zona tórrida, o la semejante de otro venezolano Fermín del Toro o la del colombiano Gutiérrez González al maíz o la del cubano Iturrondo a «la Naturaleza (14)». Pero ninguno sintió el verdadero Virgilio —como lo

(14) R. BAZIN: *Histoire de la Littérature américaine de langue espagnole*. París, 1953.

sentiría un Shelley— anunciando otra edad que la pagana, la del Dios de este «Jesús» de Tabarangué:

*Ultima Cumaci venit iam carminis aetas
magnus ab integro seclorum nascietur ordo...
Iam redit et virgo, redeunt Saturnia regna,
Iam nova progenies coelo dimittitur alto...*

En América todos esperamos el poeta que ha de cantar el Orden nuevo. El poeta que ha de surgir de un momento a otro. El vaticinador.

EL ORDEN NUEVO

Todos esperamos el vidente que torne a descubrirnos el Orden soñado por Platón, cantado por Virgilio y realizado por Loyola:

Ese que se encuentra en Trinidad cual al salir de su iglesia se perciben dos hileras de moradas distantes entre sí 16 metros y encuadrando una anchísima plaza: la Plaza Mayor de la vieja Reducción. Allí aun se adivinan los talleres del colegio, cerrados como claustros, donde los guaraníes, dirigidos por un Padre, esculpían, pintaban, doraban y luego salían en procesión cantando la grandeza de una vida bendecida.

La iglesia era el centro siempre. A su izquierda, el cementerio, y a su derecha el «aedes Parochi ejusque socii» y las «Officinae oppidi». Separado del cementerio un edificio aislado, el «Domus viduarum» o «Coty-guazu» para las viudas y doncellas. Todo ello formaba uno de los cuatro lados de la gran Plaza. Los otros tres lados estaban ocupados por las casas de los indios, de piedra encalada, con tejas rosas y rodeados por grandes galerías. En medio de la Plaza —o Forum quadratum— un monumento sacro, casi siempre la Virgen. Y, al fondo, frente a la iglesia, las capillitas o «Sacellae» (15).

(15) Las cuatro obras fundamentales sobre las Reducciones jesuíticas del Paraguay son: R. P. PABLO PASTELLS, continuación por F. MATEOS, S. J.: *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Paraguay*. IX vols. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1945. P. PABLO HERNÁNDEZ: *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*. Gustavo Gili, Barcelona, 1913, 2 vols. GUILLERMO KRATZ, S. J.: *El Tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias*. Es-

Y así, hasta 33 Reducciones: San Ignacio Guazu, Santa María, Santa Rosa, Santiago, San Cosme, Itapúa, Jesús, Joaquín, Trinidad, San Estanislao, Belén (en el Paraguay); Corpus, San Ignacio, Mini, Loreto, Santa Ana, Candelaria, San Carlos, San José, Mártires, San Javier, Santa María la Mayor, Apóstoles, Concepción, Santo Tomé, la Cruz, Yapeyú (en Misiones y Corrientes, actual Argentina); San Nicolás, San Borja, San Luis, San Angel, San Juan, San Lorenzo y San Miguel (en el Brasil de hoy).

El recurso económico esencial era la agricultura, en especial la yerba mate. Reunidos en la plaza los indios —tras las ceremonias religiosas—, se dirigían a las sementeras precedidos por la imagen de la Virgen y al son de instrumentos y cantos. Al llegar al trabajo, la imagen se colocaba bajo una enramada. Y antes de empezar la faena, todos rezaban. Mientras en el pueblo quedaban los artesanos en sus obrajes y oficios.

Las tierras de la Reducción se dividían en tres sectores: Tava-mbae (o propiedad comunal)! Abá-mbae (o propiedad de cada labrador) y Tupambae (o propiedad de Dios, destinada al sostén de viudas, huérfanos, enfermos, ancianos y artesanos). Esta división y el trabajo colectivo y dirigido suscitaron posteriormente toda una literatura sobre el comunismo de las Misiones. Nada menos exacto, pues la obra de Loyola, partiendo de un sistema colectivista innato en el indígena —incapaz de propiedad individual y de la moda platónica por las Utopías— lo que hizo fué desarrollar la libertad personal de cada indio. ¿No iba a hacerlo si tenía que salvar el alma de cada uno como supremo fin? Pero de ello hablaremos en su momento (16). ¿Y quiénes eran esos indios que así podían comportarse y que sólo respetaban «la virtud», como soñaban los humanistas europeos de entonces? («Estos indios aciertan más que nosotros, porque a nadie estiman por el vestido y fausto, sino por su *Virtud*») (17).

tudío sobre la abolición de la Compañía de Jesús. Versión directa del alemán por DIEGO BERMÚDEZ CAMACHO, Roma, 1954. MAGNUS MÖRNER: *The political and economic Activities of the Jesuits in the Iata Region. The Hapsburg Era.* Library and Institute of Ibero-America Studies, Stockholm, 1953, primer volumen. El segundo en prensa.

(16) BLAS GARAY: *El comunismo de las misiones de la Compañía de Jesús en el Paraguay.* Asunción, 1921.

(17) GUILLERMO FURLONG, S. J.: *José Cardiel, S. J. y su Carta-Relación* (1747). Buenos Aires, 1953.

Pues esos indios eran: «por lo común de poca estatura y algo gruesos y fornidos. Eran muchos en número (unos 300.000). No vestían más que una corta camiseta al modo de dalmática, desnudos en lo demás. No tenían ganado alguno ni mayor ni menor. Andaban en continuas guerras unos con otros, ya sobre disputas de los términos de caza, ya sobre cogerse cautivos. A los más de los que cogían los asaban y se los comían y después limpiaban el casco (el cráneo) y se servían de él para vaso en sus brindis de chicha que es un género de cerveza de maíz. Y lo mismo hacían cuando cogían algún español con quienes tuvieron guerras sin ser jamás vencidos» (18). Esa fué la razón por la cual —impotentes los Conquistadores y Encomenderos para reducir a «domus», a civilidad a estos invencibles salvajes— tuvieran que pedir a la Corona española el auxilio de la Iglesia. Y eso fué el origen de las «Reducciones». Atraer primero al indio. Y una vez atraído, convertirle de fiera en hombre y de hombre en «virtuoso». Dándole felicidad en esta tierra y salvación tras de la muerte. «Cuando la espada se declaró impotente —dice el historiador Moreno del Paraguay— para la obra de la conquista, y el sistema de encomiendas estaba dando por resultado positivo la extinción rápida de la raza india, reyes y gobernadores acudieron a los misioneros como a los únicos capaces de congregiar aquellas multitudes que vagaban por las selvas. Los misioneros, a su vez, exigieron garantías de las autoridades coloniales para implantar sin obstáculos el sistema de civilización que se proponían. Por eso el gobernador Marín de Negron empeñó personalmente la palabra, en nombre del Rey, de que no serían dados en encomienda los indios que acudiesen a las Misiones. Palabra que mantuvo el Visitador Alfaro, que ratificó plenamente el gobernador Hernanderías y que tuvo confirmación plena en las Reales Cédulas, por las cuales los indios de las Reducciones debían ser considerados como vasallos inmediatos de la Corona, exentos de todo servicio personal y obligados a un servicio módico por cabeza, cuya tasa no se fijó hasta 1649, época en la cual se suponía que los indios estarían en condiciones de rendirlos» (o sea, con libertad personal) (19).

La evangelización inicial fué emprendida por dos Padres enviados desde Perú. Cuando fueron expulsados los jesuitas, en 1767,

(18) Idem, Op. cit.

(19) EMILIANO GÓMEZ RÍOS: *El Paraguay en su Historia*. Asunción, 1952.

existían 208 tan sólo para toda aquella muchedumbre. Este milagro social —único en la Historia humana— levantó enorme conmoción. Y esa conmoción fué —en lo Económico—, el ataque del Mercantilismo dieciochesco. En lo Político, la sublevación de un nacionalismo liberal. En lo sociológico, la imitación de la Revolución francesa y del Sóviet ruso. Es decir, que no se expulsó a la Compañía en 1767 de sus misiones sólo por aplastarla, sino —sobre todo— para imitarla. Formándose las nuevas «Compañías» (mercantiles) de ingleses, holandeses, franceses y hasta de españoles, según analizó sutilmente Ramón de Basterra en sus *Navíos de la Ilustración* (20). Brasil con sus Bandeirantes organizaba malocas que arrasaban, como tambochas u hormigas, misión tras misión para quedarse con sus terrenos y sus indios. Y a veces, de acuerdo con los propios gobernadores del Paraguay, como aquel Luis de Céspedes Xeria, por 1629, que necesitaba mano de obra «para la saca de la yerba de Mbaracayu» de su propiedad. La lucha política del Paraguay contra las Misiones fué el germen de su Independencia nacionalista. Aquel obispo Cárdenas, elegido gobernador en 1649 por su hostilidad contra los jesuítas, a los que intentó expulsar un siglo antes de Carlos III, fué el precursor de la Revolución comunera de 1735 en que hubo de ser ejecutado el famoso doctor José de Antequera. Y de la liquidación de la Compañía treinta y dos años tras la rebelión de esos comuneros (21).

* * *

1767. Los jesuítas, dispersados. Los indios, a la selva otra vez. Y la selva a la deglución de estas arquitecturas.

Y, desde entonces, ideólogos, gobernantes, revolucionarios, queriendo revivir laicamente lo que laicamente destruyeron. Y sustituir la «Compañía» por el «Comité» o el «Sóviet».

Desde entonces se estudia —sociológicamente— cómo pudo Loyola, en plena selva paraguaya, realizar la Utopía de Platón, su República y sus Leyes. Y en qué consistió su gobierno: «Pues yo lo diré en una palabra —contestó para siempre desde 1747 el Padre José Cardiel en su Carta-Relación—. Consiste in non quarendo

(20) RAMÓN DE BASTERRA: *Los Navíos de la Ilustración*. Caracas, 1925.

(21) H. HIPÓLITO SÁNCHEZ QUELL: *Estructura y función del Paraguay colonial*. Buenos Aires, 3.^a edición, 1955.

quae sua sunt, sed quae Jesu Christi» (22). El secreto consistía en que Loyola había puesto «techo», «cielo» a las terreras utopías humanistas. Es lo que ya hiciera San Agustín frente a la Ciudad Pagana. Y es lo que está germinando hoy en nuestros corazones ante el terror de una Era nuclear y nuestra total desintegración.

PLATÓN Y LOYOLA

Fueron los griegos quienes crearon el género literario de la Utopía —o sea la racionalización— del viejo mito de la Edad de Oro, de una vida mejor sobre la tierra, la Edad de Saturno. «Saturno regnant auream aetatem extitisse fabulatur poetarum» (23).

Aunque se tiene a Platón por el inventor del género utópico, le antecedieron los pitagóricos. Aristóteles citó dos filósofos, a los que refutó (24). Uno, Faleas de Calcedonia que postuló una Igueldad en la propiedad, la educación y el trabajo. Y, otro, Hipodamos de Mileto, probable inspirador de Platón al imaginar una República compuesta de diez mil ciudadanos con clases y tierras tripartidas (25). En las Comedias de Aristófanes hay ironías sobre esas idealizaciones sociales. Así en «Los pájaros» y en «La Asamblea de las mujeres» que establece un régimen comunista en el amor y en el restaurante y adonde acuden entusiastas los anticomunistas (26).

La «República» platónica se consideró como una «legislación de cámara» y así la estimó el propio Aristóteles. Además, Platón inició la Utopía novelada con el Timeo y el Critias, imaginando la Atlántida que tendría amplias consecuencias en el Renacimiento (27).

En las «Leyes» —tras sus desafortunadas experiencias en Sicilia— dió más importancia a lo legal que a lo imaginativo. Su

(22) GUILLERMO FURLONG, S. J., Op. cit.

(23) IADRIANI JUNI: *Adagia*, atribuidos a Erasmo. París, 1579.

(24) ARISTÓTELES: *Política*, II, IV, § 12.

(25) P. M. SCHUHL: *Essai sur la formation de la pensée grecque*. Presses Universitaires de France, París (s. a.). SALIN: *Platon un des griechische Utopie*. München, 1921.

(26) EMILE FAGUET: *Aristophane, fut-il un démocrate?* París, 1904.

(27) COUSSIN: *L'Atlantide de Platon et les origines de la civilisation*. Aix, 1928. RAFAEL REQUENA: *Vestigios de la Atlántida*. Caracas, 1932.

concepción del Filósofo como verdadero político, sería seguida, entre otros, por Saint Simon, Bernard Shaw y Wells. «El fin de la República era asegurar la formación de los futuros Filósofos» (28). Lo que en Platón representaba el Sol inteligible —del mito de la Caverna, fuente de Verdad y de Bien— lo recogería un Campanella en su *Civitas Solis* en forma de astrología. Y las Utopías del XVIII y XIX con la Razón o la Ciencia como Poderes abstractos.

Sin embargo, lo que habría de diferenciar el Utopismo platónico de sus seguidores humanistas, ilustrados y románticos, fué lo que se ha llamado su «aspiración teológica». El poner un Pastor Divino por encima de toda ley y de todo cálculo humano (29).

Esta visión sobrenatural sería interpretada cristianamente en la Edad Media, por San Agustín. El cual también se inspiró en profecías bíblicas como las de Amós que condenaban a los ricos y poderosos (30).

También en el Medievo la literatura apócrifa de los *Oráculos sibílicos* y del *Libro de Enoch* anunciaba un Reino de los cielos (31).

Durante los siglos medievales se desarrollaron las aspiraciones celestes varias veces en formas heréticas o peligrosas. Así, los Carpocracianos, los Pelagianos, los Cataros. Salviano, llegado de Constantinopla a Marsella llegó a idealizar «el buen bárbaro» frente a la sociedad romana decadente como luego un Montaigne sublimaría el «bon sauvage» pensando en los indios de América (32).

Dentro de esa corriente sobrenatural del Medievo tuvo una gran resonancia el *Evangelio eterno* de Joaquín de Fiore, con sus tres grandes ciclos: el carnal, del Padre, o del Antiguo Testamento o época de la Familia. El carnal y espiritual del Hijo o del Evangelio, época del Sacerdocio. Y el ciclo final del Espíritu Santo, del Eterno Evangelio, época puramente espiritual, de las Ordenes religiosas, la anunciada por el Apocalipsis (33).

Todavía en pleno Renacimiento Savonarola y sus Piagnoni o jeremías prolongaron esas tendencias heresiarcas.

(28) A. TOVAR: *Un libro sobre Platón*. Madrid, Espasa-Calpe, 1956.

(29) SOLMSEN: *Platon's theology*. Ithaca, 1942.

(30) G. WALTER: *Les Origines du Communisme*. París, Payot (s. a.).

(31) E. GILSON: *La philosophie au Moyen Age*. París, 1922.

(32) R. GONNARD: *La légende du bon sauvage*. París, 1946

(33) *Apocalipsis*, 14, 6, 7.

Cuando una Edad histórica de «response» — como la Edad Media— agota esa «respuesta» en formalidades y desvaríos, entonces se hace preciso la vuelta a un nuevo «postulado provocativo».

Y esa fué la honda causa de que Platón tornase a resurgir en la mentalidad renacentista. Y que apareciese la palabra «Utopía» —en toda su plenitud significativa— con Tomás Moro, 1516. «Utopía», de «u-topos» voz griega cuyo significado es «no hay tal lugar» al decir de nuestro Quevedo en su Noticia, juicio y recomendación a la versión de Jerónimo Antonio de Medinilla y Porres en 1537 (34).

Tomás Moro recobró la tradición platónica de la Atlántida situando su República ideal en el Nuevo Mundo descubierto por los españoles y del que tuvo noticia por un tal Hytlodeo, al que encontró en Brujas acompañando a su amigo Pedro Egidio, y quien le revela una América ideal con ciertos datos prácticos y un tanto de malignidad erasmista.

La idealización americana vuelve a aparecer en otra Utopía: la de Campanella, *Civitas solis*, inspirada en la organización de los incas, a través de cronistas como Jerez, Gomara, Cieza de León, Zárate y Acosta (35).

También Francis Bacon en su *New Atlantis* —1620— mencionó el Perú en varios pasajes (36).

Varaïsse d'Alais —1677—, que conoció los «Comentarios» del inca Garcilaso, habló en su *Histoire des Severambes* de un país donde «nadie carecía de las cosas necesarias y útiles a la vida» (37). Más tarde —1753— Morelly, en su *Basiliada*, puso como modelo el socialismo del Incario, influyendo con tal obra en el Socialismo europeo posterior (38).

Estas Utopías del Seiscientos y Setecientos sirvieron de modelo a otras, como la *Découverte astrale* —1782—, de Retif de la Bretonne; el *Voyage en Icarie*, de Cabet —1840—, con su geometrización a la peruviiana; *The coming Race*, de Bulwer Lytton —1888—; la *Looking Backward*, de Bellamy, 1888 (39).

(34) SANTO TOMÁS MORO: *Utopía*. Espasa-Calpe, Madrid, 1952.

(35) P. IAFARGUE: *Campanella*. Le devenir social, 1895.

(36) Edición de Cambridge, 1919, págs. 1 y 17.

(37) Amsterdam, 1677.

(38) RAYMOND RUYER: *L'Utopie et les utopies*. París, 1950, págs. 199 y siguientes.

(39) Idem. Op. cit.

Pero tornando a la época en que el Humanismo pudo influir con sus Utopías en el clima que encontró la Compañía de Jesús, es necesario recordar que Montaigne, lector de Gomara, de Benzoni y tal vez de Las Casas, elogió «la virtud» de los salvajes (40). En España —antes de Montaigne, Alonso de Ercilla en su *Araucana* habló de «la sencilla bondad y la caricia» de la sencilla gente de estas tierras— daban a entender que la codicia «aun no había penetrado... la ley natural inficionando» (41). También Guevara, Obispo de Mondoñedo y Consejero de Carlos V, defendió a los indios y se hizo célebre con su famoso *Villano del Danubio* (42). El propio Colón propuso, en su *Diario* (1492), «respetar con amor y no con fuerza» a los indios. Y Bartolomé de las Casas con su *Destrucción de Indias* —1542— incitó a toda la Legislación protectora de las Leyes españolas sobre América (43).

Es decir, que la corriente cristiana, católica de Misioneros y Legisladores en tiempo de la Conquista fué subvertida por el Humanismo para un planeamiento platonizante y racionalista, para un postulado de immanentismo, de felicidad sobre la tierra, de nueva Edad de Oro, despertando resonancias literarias, géneros flanqueadores como la Poesía y la Novela de Pastores y en la Pintura el gusto por el Paisaje. Bucolismo, virgilianismo. Pero al final desilusión, melancolía. Y fracaso. Ese fué el momento de la «respuesta» otra vez católica y ortodoxa, de Loyola. Su victoria sobre Platón.

GRIEGOS Y GUARANÍES

El abate Raynal afirmó que los jesuitas tomaron por base para sus Reducciones las reglas establecidas por los incas (44).

Un autor anónimo de una Memoria de la Academia de Dijon, en 1874 volvió a reiterarlo con datos más precisos (45).

(40) P. VILLEY: *Les sources des essais*. Burdeos, 1919.

(41) E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Lengua y Literatura de España*. Vol. III. Madrid, 3.^a edición, 1954.

(42) H. TMOAS: *The english traslations of Guevara's Works*. En Estudios Homenaje Bonilla, 1930.

(43) RÓMULO D. CARBIA: *Historia de la leyenda negra Hispano-Americana*. Madrid, 1944.

(44) LOUIS BAUDIN: *El imperio socialista de los incas*. Santiago de Chile, 1953.

(45) *Idein*, Op. cit.

Si los jesuitas fundadores de las Misiones paraguayas conocían la organización incaica (no olvidemos los dos misioneros iniciales, Mazeta y Cataldino, provenientes del Perú) también conocían todo el «desafío humanista» por una vuelta a la Edad de Oro de los Antiguos, por un Paraíso sobre la tierra, por esa moda divulgada desde que un Lorenzo Valla (46) proclamara «Idem est natura quod Deus aut fere idem». Y Nicolás de Cusa diese el paso decisivo en tal ecuación (47). Frente a una Verdad dogmática y revelada se comenzó a buscar otra Verdad anterior, que pervivía en los adagios y refranes, en los juegos y canciones de los niños, es decir, en el Saber popular, en el pueblo mismo. Así como en las costumbres de los salvajes recién descubiertos. Mal-Lara en su *Filosofía vulgar* —1568—, muy leída por Cervantes, quizá inspira a éste sus elogios de la Edad dorada no sólo en el *Quijote* (48), sino en otros sitios como en *El trato de Argel* (49). «Oh Santa Edad, por nuestro mal pasada...»

Pero, además, los jesuitas conocían perfectamente a Platón y su *República* y sus *Leyes*. Como nos lo demostró el Padre José Manuel Peramas (1732-1793) en su *De Administratione guaranica comparate ad Republicam Platonis commentarius* —escrita al principio de su obra *De vita et moribus tredecim virorum paraguaycorum* impresa en Faenza el año de la muerte de su autor, 1793 (50). «En nuestra exposición —dice Peramas— seguiremos el método siguiente: daremos una síntesis del pensamiento de Platón sobre cada uno de los temas, y seguidamente referiremos lo que se practicaba entre los guaraníes; finalmente el lector juzgará si entre las normas de aquél y la práctica de éstos había similitud o discrepancia.» Y así, en 30 capítulos desarrolla su magna comparación. Estableciendo, en primer lugar, la doctrina platónica, y, en segundo lugar, la realidad guaraníca, sobre la situación de las ciudades o reducciones, construcción de las casas, los ciudadanos, los templos y sacrificios, la comunidad de bienes, los casamientos, la edu-

(46) AMÉRICO CASTRO: *El pensamiento de Cervantes*. Madrid, R. F. E., 1925.

(47) Idem, Op. cit.

(48) I, II.

(49) V, 53.

(50) JOSÉ MANUEL PERAMAS: *La República de Platón y los guaraníes*. Emecé, Buenos Aires, 1946; y PLATÓN: *La República*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1949. Tres volúmenes. Edición bilingüe.

cación de la juventud, la música, los bailes, el trabajo colectivo, las comidas públicas, las artes y su desarrollo, el comercio, relaciones con los extranjeros, vestido e indumentaria, los magistrados, las leyes, el orden público, las penas, los funerales y entierros. Terminando con un Epílogo y una Apología de las Reducciones. Citando a Juan Bautista Noghera en sus *Riflessioni sulla Filosofia del bello spirito*: «De numerosas turbas de bárbaros feroces y crueles antropófagos vemos hoy constituída una República *mucho mejor* por sus costumbres y bienestar que aquella cuya imagen y cuyos miembros había concebido Platón».

Como ejemplo esencial —el *religioso*— el que de Platón recogiera San Agustín en su «reply» medieval, y, ahora, Loyola en su «respuesta» al Humanismo, citaremos una síntesis del Capítulo VI, «El Templo y los sacrificios»:

Platón

«Al fundar una ciudad debemos, ante todo, invocar a Dios; y ójala que invocado nos oiga y, oyéndonos, nos sea propicio y dicte leyes a nuestra ciudad. Porque Dios, que es la misma Bondad es la norma del Bien.» «Cada año se celebrarán 365 sacrificios, es decir, habrá un sacrificio diario. Las solemnidades serán 12 (una por mes, de acuerdo al número de tribus, las cuales, por su turno, irán celebrando esos días solemnes. Habrá un solo Sumo Pontífice. Todos los días asistirán al sacrificio las nodrizas y maestras que cuidan de los niños y niñas con sus alumnos de tres a seis años. Si algunos de los confiados a su cuidado cometiese alguna inmodestia o pecare contra la religión serán posteriormente castigados. No habrá más cantos que los dedicados a los dioses, ni se tributarán alabanzas más que a los varones y mujeres sobresalientes. Los poetas serán expulsados lejos de la ciudad y de toda la región» (51).

Los guaraníes

«En los pueblos guaraníes el interés máximo se concentraba en Dios y en las cosas de Dios.» «El templo era magnífico, con sus tres naves y otras tantas puertas que daban a la Plaza. Todo

(51) Idem, Op. cit., págs. 35-6.

en él era eximio y difícilmente aun en las grandes ciudades se celebraban las funciones litúrgicas con más pompa y esplendor. Artesonados, cúpula, columnas, altares, todo se hallaba revestido de oro y de pinturas. Los candelabros, los vasos y demás objetos del culto eran de plata. Los ornamentos sacerdotales, de damasco, de tisú de oro o bordados en oro. Los purificadores, palias, el alba y el amito que cubre los hombros y el cuello del celebrante, de hilo finísimo. Era extraordinario en todo sentido, el esplendor del templo, lo cual contribuía sobremanera a elevar las mentes de los indios y los invitaba a asistir con más voluntad y respeto a los sagrados ministerios. Tanto más sobresalía la Casa de Dios cuanto más humildes y sencillos eran los demás edificios, sin excluir la casa del Misionero, la cual constaba de una sola planta, con varias habitaciones de seis brazas. Una de ellas era para el Párroco, otra para su Compañero y las restantes para los huéspedes. El ajuar de las mismas era el que conviene a un religioso y semejante al del profeta Eliseo: una cama, una mesa, una silla y un candelabro. El Párroco y su Compañero celebraban Misa todos los días. Cuatro niños, cuando menos, perfectamente enseñados, asistían al que celebraba en el Altar mayor con sotanas rojas, negras o moradas (según el oficio del día) y una sobrepelliz de lino. Durante el Sacrificio tocaban los músicos diversos instrumentos, acompañados del órgano. Las festividades más solemnes se celebraban con ceremonias especiales. Los domingos y días festivos cantaba el Sacerdote, y lo mismo hacía los lunes en la Misa de difuntos y los sábados en honor de la Bienaventurada Virgen María. Los niños y niñas guaraníes, los hombres, las madres de familia y las autoridades de la ciudad asistían diariamente al Sacrificio de la Misa. Guardaban durante él riguroso silencio y se hubiera tenido como algo monstruoso el hablar entonces con otro una sola palabra o permitirse alguna mirada inmodesta. Muchos se acercaban con frecuencia a los Sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía, con grandes muestras de piedad; y una vez recibido el Pan divino daban todos gracias en común al Huésped celestial al terminar la Misa, sirviéndose de una fórmula preparada a este fin que uno de los cantores leía de rodillas ante el Altar Mayor.

»No se oían otros cantos que los dedicados a Dios, a Jesucristo, a la Virgen María y a los Santos, cuyas alabanzas resonaban en

las calles y caminos, en los campos y en los bosques, y en los ríos. Entre los guaraníes no se conocían los versos profanos y mucho menos eran tolerados los poetas impuros o lascivos» (52).

LA TRASCENDENTAL PARADOJA

Volvamos a insistir en nuestro hallazgo, en esta sorprendente paradójica ley histórica. Lo importante en ese Texto del Padre Peramas, que acabamos de transcribir, no es que los jesuitas del Paraguay conocieran a Platón y los sueños de una Edad de Oro y las Utopías humanistas, puestos en juego por el Renacimiento. Lo extraordinario es que toda esa «desiderata» lírica, erudita e imposible ¡la hicieran posible! La *realizaran*. Y, nada menos, que con salvajes ¡La felicidad sobre la tierra! ¡Ah! Pero con una condición: la misma que exigiera San Agustín para salvar la derrota del Mundo Antiguo: poner a Dios sobre el Hombre. A Dios, sobre las cosas todas, «Techar» el edificio. Hacer levantar los ojos al cielo. Garantizar la vida más allá de esta vida, más allá de la muerte. O sea, resolver no tanto el soluble problema del vivir como la insoluble (para el Humanismo) angustia del morir. No tanto la economía del Hombre como su agonía.

Por donde se demostró que la República de Platón sólo fué viable con la República de Loyola. Aun cuando la de Loyola aceptara los postulados humanistas como punto de partida. Trascendental paradoja. La misma que volvería a darse del Setecientos hasta hoy, sólo que al revés. Y la que hoy torna a apuntarse —en cíclico retorno— al considerar que el marxismo —última modalidad, para masas, del sueño de una Edad de Oro sobre la tierra— sólo se realizará cuando la nueva conciencia religiosa que está brotando entre desengaños, espantos y naderías existenciales, cubra con un nuevo «techo» la salvación eterna del individuo, la de su alma y de sus huesos. Mientras yo —el yo imprescriptible— *mi ser*, no se sienta perpetuado para siempre más allá de esta materia que hoy me cobija, no podré decir que he hallado en ella felicidad ni paraíso alguno. Y esto que yo siento lo sentirá todo humano hasta el fin de los siglos.

(52) Idem, Op. cit., págs. 36-9.

Y, SIN EMBARGO, PERAMAS SE BATÍA YA EN RETIRADA

Cuando Peramas escribe su defensa de las Reducciones guaraníes confrontándolas con la Utopía social platónica —1793— a los cuatro años de estallar la Revolución francesa, ya había perdido impulso realizador la obra magna de Loyola. Peramas escribe en Faenza, expulsado del Paraguay, donde las Reducciones eran entregadas a las fauces circenses de la selva para ser devoradas.

El último Capítulo de Peramas era un «Apóstrofe a los filósofos liberales»: «Si alguno de los filósofos liberales intentara implantar en Europa el régimen guaraní, se equivocaría en absoluto, y, tal como están las cosas, atentaría contra la tranquilidad del Estado al perturbar el orden establecido y crear confusión entre las clases sociales y sus deberes (53). Era la confesión de un fracaso final. Pero —al mismo tiempo—, sin saberlo, la proclamación de un triunfo: el de que la filosofía liberal intentaba, a su manera, utilizar el método jesuítico. Hacer de toda Europa y de la América libre (libre de Misioneros), y de la Humanidad, con mayúscula, una inmensa Reducción feliz.

La Masonería, que entonces se desarrolla —como las lianas en los templos paraguayos—, empezó a intentar poner en práctica el gran secreto de la Compañía: «Obediencia y Jerarquía». La «Monita secreta Jesuitarum» de que hablaba el Padre Cardiel: «No hay otra. Hela aquí descubierta. Ya de aquí en adelante podéis llamarla Monita pública...» Jerarquía, Obediencia... (54). Si el Mercantilismo había adoptado el nombre de «Compañía» para los negocios, la Masonería podía proponer el nombre de «Grados» para su Jerarquía y el de «Obediencia ciega» para sus «Hermanos». Y mientras se desterraba y dispersaba a los Padres de Loyola y se condenaba de nuevo a los indios a la barbarie, se se propagaba la literatura del «buen salvaje» como modelo social para Europa. Novela, Teatro, Ensayo, Ballet, Filosofía... «América, Virgen inocente» cantaba Quintana. Y poco más o menos Rameau, Voltaire, Boisi, Rochon de Chabannes, Leblanc, Du Rozoi, Mme. de Graffigny, Marmontel, Turgot, La Condamine, Bougainville, Raynal, el abate De Pauw, Chateaubriand, Saint Pierre,

(53) Idem, Op. cit., págs. 203-18.

(54) GUILLERMO FURLONG, Op. cit., pág. 184.

De Carli... Y un Adam Smith... Hasta Hegel... Hasta Marx. ¡Es posible la felicidad sobre la tierra! ¡Son posibles nuevas Repúblicas ideales! Y estas Repúblicas se pintaban en renovadas Utopías: *Los Viajes de Gulliver*, *Los Trogloditas de Montesquieu*. Los ensueños del Wilhelm Meister, Paralelogramos y Falansterios, el Erewhon de Samuel Butler, el Caliban y los Diálogos filosóficos de Renan, las *Noticias de ninguna parte* de William Morris, la Freiland de Hertzka, *Sobre la piedra blanca* de Anatole France, las fantasías de Wells, *Los últimos y primeros hombres* de Olaf Stapledon... Y así hasta hoy: en este *Ferstenliebe* de sed de lejanías, con el *Ere of longing*, de Koestler; el 1984, de George Orwell; *La grande Bagarre*, de Doutreligne; el *Nosotros*, de Zamiatin; el *Brave New World*, de Huxley... (55).

RUSIA Y EL PARAGUAY

Pero de toda esa enorme y alucinante literatura sólo una visión logró dimensión valedera. La de Dostoyewsky en sus bases ideales del bolchevismo. Porque Dostoyewsky acertó a plantear el modelo olvidado por todas las demás utopías: el de Loyola, el de su misterio en Paraguay.

Ya hace años, en 1931, hice un largo ensayo sobre este apasionante tema (56). Hoy sólo recogeré de él lo necesario para seguir demostrando cómo la América de mañana —en sorpresiva palingenesis— tornara a entender las ruinas de «Jesús» en Tabarangué, cuando advierta que las otras dos Américas le son ya ininteligibles; la «declinada» o indigenista y la «desafiante», la que se caerá como Luzbel rascando cielos.

Dostoyewsky había encontrado la raíz del bolchevismo en el nombre de «Chigalevismo», tomado del personaje central de *Los poseídos* (1871). La doctrina de Chigalev era la misma... de Loyola. Pero satanizada. Doctrina expuesta en *Los Hermanos Karamazov* (1879).

«¡Oh! —dice el Gran Inquisidor, el gran jesuita de España—; nosotros les persuadiremos de que ellos no podrán ser libres hasta

(55) RAYMOND RUYER, Op. cit.

(56) E. GIMÉNEZ CABALLERO: *El Robinson Literario*. Madrid, 1931. «Loyola y Lenin».

que renuncien a su libertad. Nosotros le daremos una felicidad tranquila y humilde, la felicidad de las criaturas débiles, que eso es lo que son. ¡Oh!, les convenceremos hasta lo último de que no tienen derecho a enorgullecerse. Les obligaremos a trabajar. Y en sus horas libres de trabajo haremos de su vida un juego con cantos, coros, bailes inocentes. ¡Oh!, hasta les perdonaremos sus pecados. ¡Son tan débiles y faltos de fuerzas! Y ellos nos amarán, como aman los niños, por concederles el permiso de pecar. Según que sean obedientes y desobedientes. Y veréis cómo se someten a ello gozosamente. Y todos serán felices, millones de seres. Todos menos cien mil, que serán los Rectores. Menos nosotros, los que gobernaremos. Porque sólo nosotros, sólo los que custodiamos el Misterio, seremos infelices. Habrá millones y millones de niños felices y sólo un centenar de miles que seremos mártires. Sí; nosotros, los que tomaremos sobre nosotros la maldición del conocimiento del Bien y del Mal.»

«Bajo el Chigalevismo no existirán «deseos». Los deseos y sufrimientos, ¡para nosotros! Para los esclavos ¡el chigalevismo!» (57).

Este Ersatz o sustitución reapareció en las consecuencias del Chigalevismo: Hegel, Marx. En Hegel —se ha dicho que su Tesis, Antítesis y Síntesis— fué un trasunto de la Santísima Trinidad. Y en cuanto a Marx basta recordar frases como estas: «El cielo comunista será el reino comunista sin clases sobre la tierra». «La crítica de la Religión concluye en la doctrina de que el Hombre es el Ser Supremo para el Hombre» (58). Así, ingeniosamente, ha podido FULTON J. SHEEN hacer numerosas confrontaciones entre Catolicismo y Comunismo (59).

LA AMÉRICA DE MAÑANA

Si Hilario Belloc dijo hace unos años que «O Europa vuelve a la fe o perecerá» (60), esto podía aplicarse a América en la for-

(57) Idem, Op. cit.

(58) ALEXANDER MILLER: *The Christian Significance of Karl Marx*. Londres, 1947.

(59) FULTON J. SHEEN: *El Comunismo y la conciencia occidental*. Espasa-Calpe, Argentina, 1951.

(60) H. BELLOC: *Europe and the Faith*. New York, 1939.

ma de «O América torna a salvar al hombre o América no será».

Yo no pienso —al proclamar esto— que América necesite reconstruir las Reducciones del Paraguay, limpiándolas de maleza y restaurando sus arquitecturas y altares y reduciendo indios. Entre otras cosas porque ya no hay indios que reducir a la manera del siglo XVII. Ni tampoco creo que se deba buscar «La Justicia sobre la tierra» al modo falso que lo dramatizó no hace mucho Hochwalder.

Lo que sí afirmo es que no podrá asumir nuestra América una función directriz en la Historia erigiendo algunos rascacielos entre la selva o entregando a la revolución y al pronunciamiento el archipiélago de Estados surgidos desde la Independencia.

Va llegando la hora de reemplazar —en América y el resto del mundo— los «Estados nacionales» por «Estados sindicales», o, por lo menos convertidos en una fecunda ecuación entre lo nacional y lo sindical, adoptando ejércitos laborales en vez de ejércitos pretorianos.

Los problemas inmensos que plantean la América hispánica —comunicaciones, habitabilidad, producción, solidaridad— no pueden ser ya afrontados con el viejo esquema de los Estados liberales y de la Democracia cesarista.

La prueba de ello es que —de hecho— están ya actuando sobre esos Estados teóricamente independientes, dos presiones que invalidan su Libertad. La presión del Capitalismo financiero exterior —sin entrañas, deshumano—, y la presión inorgánica y brutal del indigenismo. Alguien ha dicho que «la nueva época en que penetramos es lo que podría llamarse la *fase religiosa* de la historia humana». Y que «a la fase liberal de la civilización —indiferencia ante lo absoluto— le sucederá la pasión por lo absoluto». Y que «la lucha no se libraré ya por las colonias y los derechos nacionales, sino por las almas de los hombres» (61).

El materialismo histórico que, por un cierto tiempo de decadencia, pareció un despertador del espíritu sustituyéndose audazmente como una nueva religión en el hueco que dejaba la liberalizada y burguesa, hoy ya va constituyendo el verdadero opio de las masas, olvidando que las masas están llenas de almas y almas que despiertan. Y que advierten no ser de átomos sino de personas. Y que el hombre ya no se acerca al hombre sino como

(61) FULTON J. SHEEN: Op. cit.

exactor, vigilante, carcelero, verdugo. La palabra «amor» ha desaparecido del vocabulario social, como sospechosa y contrarrevolucionaria.

Y, sin embargo, no hay más que esa palabra para volver a desintoxicar el mundo y hacer de nuestra América un Continente sin aduanas, sin barreras y sin fusilamientos como lo fuera en los grandes momentos españoles.

Pero aun suponiendo que el Capitalismo financiero resolviese la situación económica de nuestra América como un tremendo y continental «monocultivo» o que el indigenismo, ayudado por Rusia, no dejase vivo un hombre blanco, lo que no podrían resolver ni el uno ni el otro es el ineludible hecho de la muerte personal. De los que quedasen, y que es donde termina toda filosofía, toda teoría, toda política y empieza toda Religión.

En una Era como la actual, nuclear, donde los esfuerzos singulares resultan ya inanes, donde la muerte amenaza de modo súbitaneo, oscuro, atroz, imprevisible, el hombre necesita, como en los terrores del año mil, otro ser con el que abrazarse, una palabra más allá de toda economía. Una esperanza ante un cielo cerrado que no se le abre.

Estamos en el día que vaticinara Lermontov en 1830: «El dolor será tu suerte, la pena derretirá tus ojos». O como predijera otro profeta ruso, Tiutchev: «Huérfano sin hogar, el hombre, privado de poder — y desnudo, se yergue ante el temido abismo — se enfrenta en esta su horrenda hora — con su oscuro vacío...»

El propio Dostoyewsky vió esta «horrenda hora»: «El socialismo del pueblo ruso — dijo en el *Diario de un escritor*, 1881 — no está contenido en el Comunismo en sus formas mecánicas... El pueblo ruso lleva dentro la imagen de Cristo y sólo a El es a quien ama».

Si la «pobreza y la humillación» son los signos religiosos que un día salvarán al pueblo ruso, según Soloviev, ¿no lo serán también de tantas almas irredentas que nos miran desde el fondo de nuestra América?

* * *

La América de mañana no volverá su cabeza ni hacia las pirámides truncas de sus «declinadas» culturas ni hacia los babilónicos rascacielos desafiantes. Los volverá hacia estas piedras amorteci-

das de «Jesús» de Tabarangué. Sólo amortecidas, no muertas. Y en las que sigue latiendo una vida superior a la cósmica que las destroza y las pulveriza en su ritmo ciego, vegetal. Una vida sin tiempo y sin espacio, la que se siente —¿no lo oís?— en ese canto guaraní que torna a tener «Gracia» entre estas ruinas transidas de pájaros y de ángeles:

*¡Oh, Virgen María
verdadera Madre de Dios!
Para el indio es lindo el día
cuando va en tu compañía.*

(Tupâ-sy etê
abá pe ara porâ
oicó nendivé yabé!)

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO